A LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

El Instituto de Historia de España de la Universidad de Buenos Aires se adhiere por mi pluma al regocijo de la Argentina al cumplirse el cuarto centenario de la definitiva fundación de la ciudad capital de la República. Fue esa fundación una gesta hispana, una página más de la historia de mi patria. El favor de la Providencia, la excelente situación de la nueva urbe, la riqueza del país del que iba a ser puerto hacia el mar de la civilización occidental y el trabajo inteligente de sus pobladores de antaño y de los numerosos emigrantes llegados a ella, han hecho de la humilde Nuestra Señora de los Buenos Aires la inmensa y magnífica ciudad de la que no sólo los argentinos sino los españoles todos de aquende y de allende el Atlántico nos sentimos orgullosos.

En 1580 nació una ciudad española, una más de las creadas por España en América, siguiendo la tradición milenaria de las gentes hispanas. La historia de mi patria está constituida en gran parte por un rosario de fundaciones de ciudades, iniciado en el mismo solar nacional de los conquistadores y colonizadores, de este nuevo y ya viejo mundo. Todos los pueblos que desde la prehistoria entraron en "la piel de toro" como solemos llamar los españoles a la península hispánica, fueron creadores de centros urbanos; de los centros urbanos en torno a los cuales iba a nacer mi patria: Córdoba, Sevilla, Málaga, Cádiz y otras muchas ciudades datan de las primeras migraciones y de las primeras colonizaciones llegadas a España. Han celebrando dos milenios de su fundación por Roma, Lugo, Zaragoza, León... pronto los celebrará Astorga. Llenaría varias páginas el registro de las creadas antes de la llegada de los romanos a mi patria y de las fundadas por ellos después.

Pero olvidemos esas remotísimas creaciones de centros urbanos en la península, predecesoras de la fundación de Buenos Aires; España conquistó y colonizó América, lo he dicho y repetido muchas veces, como prolongación de las gestas heroicas de nuestra Reconquista. ¿La Reconquista clave de la historia de España? Sí, con ese título dicté una conferencia en la Sorbona en 1953 y he insistido despaciosamente sobre el tema en mi *España, un enigma histórico*. Sí, sin nuestros ocho siglos de Reconquista no habría nacido Buenos Aires. Mis abuelos de allende el mar y los abuelos de los fundadores de Buenos Aires habían pasado casi ocho centurias realizando una doble tarea: conquistar el país al enemigo musulmán y des-

pués fundar o poblar ciudades en la tierra reconquistada. Sí, primero la batalla, tras la batalla la puebla y después tras la puebla la batalla para defender la agrupación urbana recién nacida a la vida. Quedaban vacías muchas veces las ciudades ganadas al Islam. Fue vaciada incluso Sevilla. Al-Himyari refiere que San Fernando expulsó a todos sus moradores al ganarla para la cristiandad y que estuvo tres días desierta y silenciosa. He apostillado a veces la noticia añadiendo que quizá esos tres fueron los únicos días en que Sevilla estuvo silenciosa en el curso de más de dos mil años.

Pero hubo algunas ciudades españolas que nacieron de la nada. ¿De la nada? No, pero sí de extraños y misteriosos designios. Aludo al nacimiento de dos que habían de ser pivotes del vivir hispano que trajo a los españoles a Buenos Aires. Aludo a la fundación de Oviedo y de Compostela. Oviedo fue fundada por Fruela I hace unos mil doscientos años para servir de nido de amor en que refugiarse con Munia, una prisionera vasca de quien se había enamorado y en la que engendró Alfonso II el Casto. Y Compostela lo fue en el primer tercio del siglo IX en torno a la tumba del apóstol Santiago o que del apóstol se creyó que era. ¡Oviedo! ¡Compostela! Oviedo, sede regia del reinecillo que inició la gran tarea de la Reconquista que, como queda dicho, hubo de crear el ímpetu bélico que había de traer a América a los españoles que fundaron Buenos Aires. Y Compostela, bulbo inicial de la bélica religión hispana, surgida cuando los castellanos —“Pueblo bravo, pueblo fuerte que no teme beber la copa de la muerte”, dijo de ellos un extraño en la segunda mitad del siglo XII— cuando los castellanos convirtieron al apóstol en capitán de sus caballeros y le incorporaron a sus tareas conquistadoras a uno y a otro lado del Atlántico.

Nuestros abuelos llevaron durante siglos el nombre del Hijo de Dios y de su Santa Madre por tierras y mares, desde Oviedo y Compostela hasta esta magnífica fundación. “Santiago cierra España”, gritaban mis abuelos españoles al entrar en combate con el moro, el indio, el turco o el hereje; y el apóstol les ayudó en sus empresas bélicas. Pero a la par, no sé si con galaica ironía, les empujó a empresas de paz. A esas empresas creacionales, de las que ninguna ha alcanzado el relieve histórico que ésta de Buenos Aires.

Al recuerdo de la misma me adhiero en nombre del Instituto de Historia de España que en Buenos Aires investiga el pasado de la patria lejana. Y me adhiero, además, personalmente honrado y agradecido al asilo que me ha dado durante casi cuatro décadas. Asilo que ha hecho de la República Argentina para mí, segunda patria.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ